

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT

LA BATALLA FINAL

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ



DEL COAUTOR DE *AMANDA BLACK*,
EL ESCRITOR CON MÁS DE
3.500.000 DE LECTORES.

DESTINO

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT



LA BATALLA FINAL

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2024
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Juan Gómez-Jurado, 2024
© de las ilustraciones: Fran Ferriz, 2024
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-08-28841-1
Depósito legal: B. 15.312-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



EL EMPERADOR DE ANTARES

Oscuridad.

Oscuridad y silencio absolutos.

El emperador miró a su alrededor, desorientado, pero no podía ver nada. Tardó unos segundos en darse cuenta de que se encontraba en la carlinga de su hipercaza, todavía con el casco puesto. Tanteó a ciegas hasta encontrar el interruptor que encendía la luz interior de la nave de guerra.

—Sigo vivo —murmuró sin creérselo del todo.

La carlinga se iluminó.

El emperador activó los focos delanteros del hipercaza, y lo que vio lo dejó sin palabras.

Aquello era un cementerio de naves destruidas. El es-

tómago del Gran Zark, donde acababa todo aquello que aspiraba por sus monstruosas fauces y que nunca digería. Elevó la mirada al techo y por encima de él solo encontró una negrura impenetrable. Aquella especie de cueva era enorme. Recordó lo que le había pasado: el monstruo se lo había tragado.

«¡Mi escuadrón!».

El emperador activó la radio.

—Jefe Diamante a escuadrón. Respondan.

Solo estática.

—Jefe Diamante a escuadrón.

Nadie contestó. Trató de poner en marcha el hipercaza, pero los motores no funcionaban. Se encontraba varado en la cima de un montón de chatarra espacial. Rebuscó dentro de la carlinga hasta dar con el compartimento donde guardaba el equipo de supervivencia. Recogió dos recargas del respirador, una linterna potente y un zipper, además de una mochila con raciones de comida concentrada. Ajustó el traje de piloto para atmósfera cero y abrió la carlinga del hipercaza.

Para su sorpresa, había gravedad. Una gravedad pesada que impedía moverse con soltura. Salió de la nave y barrió

el entorno con la linterna. Encontró uno de los hipercazas de su escuadrón a unos cien pasos de distancia, medio incrustado en el costado de un transporte de tropas rigeliano. Avanzó como pudo por encima de los restos de las naves devoradas por el Gran Zark, a veces a cuatro patas. En su camino se tropezó con varios cadáveres, todavía embutidos en sus trajes espaciales. Uno de ellos seguía con las manos aferradas a su propio cuello. Había muerto asfixiado.

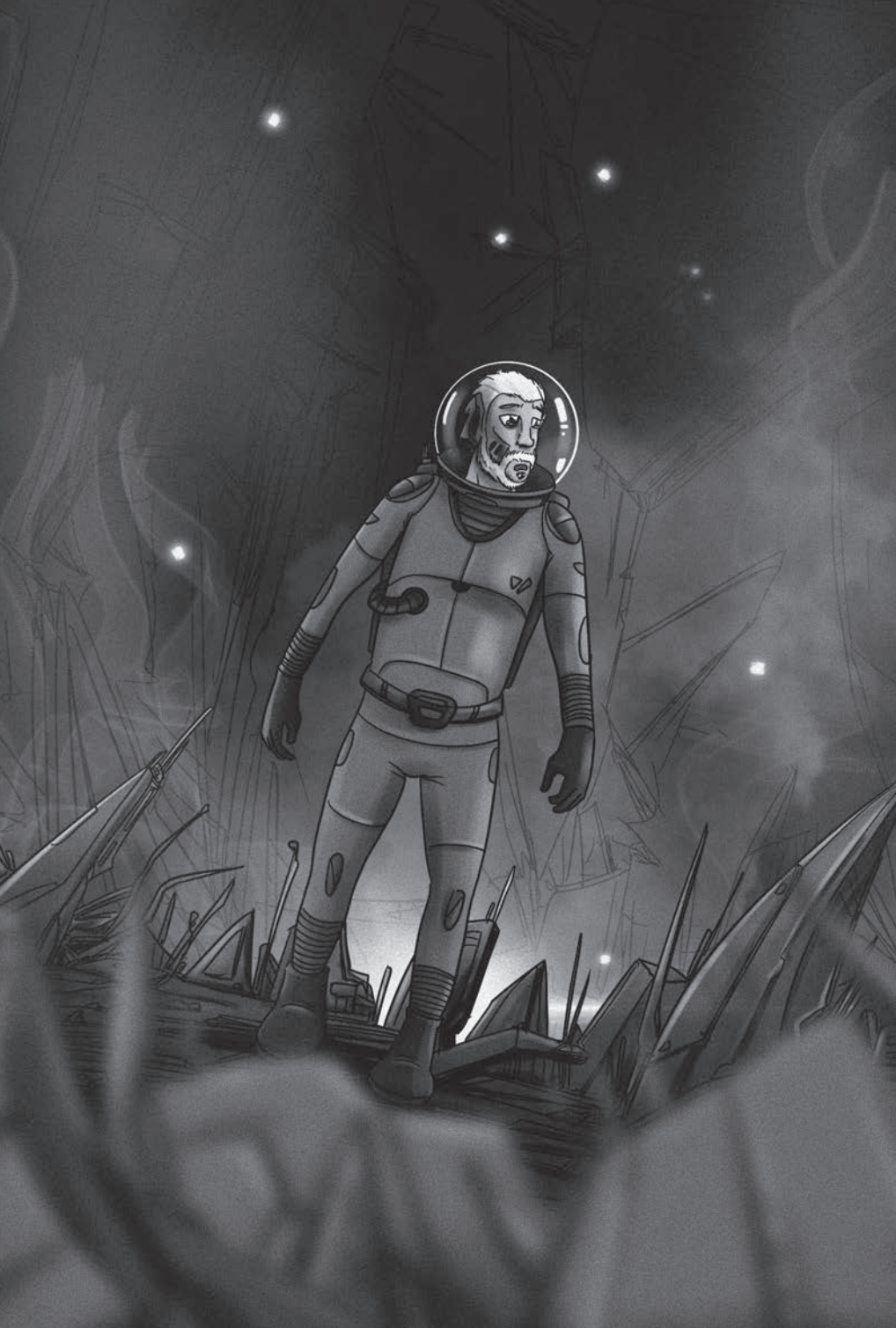
«El mismo destino que me espera a mí», pensó el emperador, lúgubre.

Continuó su camino sorteando naves destruidas hasta que distinguió con claridad la insignia del caza antareano. Diamante 5. La carlinga tenía un agujero y la mitad de la nave estaba empotrada en el transporte. El emperador iluminó el rostro del piloto y apartó la vista en el acto.

Había muerto en el choque, estaba irreconocible.

Escaló por el transporte rigeliano para poder contemplar el desolador panorama desde una posición dominante. Una vez en lo alto de la cola de la nave, barrió los alrededores con la linterna y el alma se le cayó a los pies.

Cruceros, destructores, transportes, cazas... todos amontonados como en un gigantesco desguace. Impos-



sible ver los límites de la enorme caverna que hacía las veces de estómago del monstruo; el haz de luz era insuficiente para llegar hasta el techo abovedado de aquel vertedero de chatarra y cadáveres.

—Un lugar horrible para morir.

Se acordó de su hija Maia y deseó con todas sus fuerzas que se encontrara bien. No podía estar más orgulloso de ella. Imposible hallar una mejor sucesora para Antares. Lástima que fuera a heredar un imperio al borde de la derrota.

Puede que de la extinción.

El emperador trató de localizar al resto de los hipercasas del escuadrón Diamante, pero solo encontró dos. Uno de ellos parecía haber sido masticado, imposible sobrevivir a algo así; el otro se encontraba en mejor estado. Se deslizó por el costado del transporte rigeliano hasta aterrizar en una zona de suelo diáfano. Lo tocó. Parecía metálico a través del tacto del guante. Dedujo que a pesar del aspecto óseo del caparazón exterior del Gran Zark, este rodeaba una estructura metálica de grandes dimensiones. En definitiva, el interior del monstruo de apariencia orgánica era, en realidad, una gigantesca astronave.

Se acercó al hipercaza más cercano y reconoció a

Diamante 2 dentro de la carlinga, intacta. Por desgracia, unos hierros habían atravesado el fuselaje y el cuerpo del piloto, acabando con su vida.

Maldijo.

De pronto, el emperador captó un reflejo luminoso en la oscuridad. Instintivamente, se agachó y se descolgó el zapper del hombro. Apuntó a la luz, que avanzaba hacia su posición. Un piloto amarillo en el interior del casco anunció que alguien buscaba su frecuencia para transmitir. Se dijo que no perdía nada por abrir la comunicación. De todos modos, estaba condenado.

—¿Hola? —dijo una voz femenina a través del altavoz; por su acento, era andoriana—. ¿Hola? ¿Me recibes?

—Hola, te recibo.

—Gracias a los Eternos. No te muevas, voy hacia ti. Y tranquilo, no soy una amenaza.

«Eres andoreana y yo el emperador de Antares», pensó. De repente, imaginó el rostro enfadado de Maia dedicándole una gélida mirada de reproche. Su hija le habría reprendido sin dudarle. Y tenía razón: no era momento de mantener antiguas rencillas, sino de luchar juntos contra un formidable enemigo común.

La luz se acercó hasta que el traje espacial de los pilotos andoreanos se hizo reconocible en la oscuridad tan solo rota por las linternas. La recién llegada examinó el uniforme antareano. Ambos guardaron unos segundos de silencio tenso.

—Bienvenido a las tripas de la bestia —saludó la andoreana—. Mi nombre es Daleea, piloto de la flota ligera de Andor. ¿Y tú?

Él decidió usar su nombre de pila, uno que nadie pronunciaba desde que fuera nombrado emperador.

—Yelvin —dijo—, fuerza espacial de Antares.

—Sígueme, Yelvin. Supongo que tendrás un montón de preguntas...

—Muchas.

—Pues si puedo las responderé con gusto, pero no aquí. —Daleea señaló en dirección a un punto, más adelante—. Si este bicho se traga alguna nave, podría caer nos encima. Mi casa está al fondo del todo, lejos de la abertura de entrada.

—¿Tu casa?

—Podríamos llamarla así. Vamos, no perdamos tiempo.